

## Polifonía proletaria

### Sandra Arenal entre el testimonio y la literatura

## Proletarian polyphony

### Sandra Arenal between testimony and literature

Jaime Ortega Reyna

**E**ste texto aborda algunos puntos nodales del uso que hace Sandra Arenal de los testimonios de un conjunto social esencialmente proletariado. La forma en que la escritora utiliza las distintas voces de personajes de la cultura obrera y del trabajo, contribuyen a imaginar la conformación de la fisonomía de las clases subalternas, sus ritmos de aprendizaje y sus principales motivos de lucha. Sandra Arenal alterna, entre el testimonio como fuente para la historia, y el mismo como inspiración para la literatura. Por las páginas de su autoría desfila la polifonía proletaria del México de la segunda mitad del siglo XX.

Palabras clave: literatura, proletariado, izquierda, radicalismo.

**T**his text addresses some nodal points in Sandra Arenal's use of the testimonies of an essentially proletarian social group. The way in which the writer uses the different voices of characters of the working and labor culture, contribute to imagine the conformation of the physiognomy of the subaltern classes, their learning rhythms and their main motives of struggle. Sandra Arenal alternates between testimony as a source for history and testimony as an inspiration for literature. The proletarian polyphony of Mexico in the second half of the twentieth century parades through the pages of her work.

Key words: literature, proletariat, left, radicalism.

Fecha de recepción: 15 de enero de 2023

Fecha de dictamen: 20 de mayo de 2023

Fecha de aprobación: 19 de junio de 2023

Este texto se concentra en una porción de la obra de la militante de izquierda Sandra Arenal, entendiéndola como una práctica literaria que apoyándose en su práctica política entregó un caudal significativo para pensar el devenir histórico de las clases subalternas en el México de la segunda mitad del siglo XX. Su obra expresa el despliegue de esfuerzos organizativos de distintos segmentos de las clases sociales, a partir tanto de la composición de obras testimoniales como en un uso de éstos en dos novelas. Su trabajo es una articulación entre formas narrativas literarias y el contenido histórico-social, donde se destaca la subjetividad de las clases subalternas.

En la temática referida, la de la relación entre literatura y la sociedad, existen en la tradición marxista latinoamericana textos clásicos como los de Agustín Cueva (2015: 29) o Françoise Perus, quienes han hecho un aporte para pensar la sociología de la literatura como un momento de la sociología en general. Las contribuciones de esta intelectual se dan de manera significativa en la posibilidad de desarrollar la categoría de práctica literaria (situadas en espacio-tiempo): aquellas que parten de nociones ideológicas existentes en la sociedad y son modificadas en su forma a partir de herramientas literarias específicas (Perus, 1980: 29). Perus, además, ha hecho una crítica severa de quienes han planteado en un lugar menor, en términos de su calidad literaria, a aquellas producciones con un fuerte énfasis testimonial (Perus, 1982: 74).

También es perceptible en su obra lo que el crítico literario Mijail Bajtín denominó polifonía, es decir, la ruptura con la autoridad de una voz y una historia en la narración. En un profundo sentido plural, Arenal contribuye a comprender las muchas voces que se engarzan tras historias específicas de formas organizativas. Tal como sucede en la teoría elaborada con Bajtín, estas voces interactúan, aunque no se confunden las unas con las otras, atendiendo a la noción de voces (de individuos, con una cierta conciencia de su lugar en la historia) y lenguajes (de realidades socioculturales más amplias). Los testimonios que Arenal heredó muestran las voces de las participantes en su individualidad a partir de un lenguaje propio de las clases subalternas.

En tiempos más recientes en México esta relación entre prácticas literarias y formaciones ideológicas ha quedado imbricada a partir de motivos tan importantes como lo son las historias de las izquierdas y la emergencia de la lucha armada. También existió un antecedente en la llamada “literatura proletaria”, cuyos signos variaban entre los impactos de la revolución rusa y la mexicana y que ha sido explorada a partir de figuras concretas como el caso del contingente petrolero (Negrín, 2017) y todo lo que éste significó para el país, teniendo repercusiones en la producción de novelas y cuentos.

Punto clave de este andar ha sido el trabajo, a lo largo de dos décadas, de Patricia Cabrera López, quien en varios momentos de su producción explora vínculos entre novela y política de izquierdas. Referimos su trabajo por ser el que, en lo inmediato, se acerca a nuestra concepción de la relación entre esos dos polos. Lo es a partir de

motivos teóricos como son la comprensión del devenir de la historia y la noción de totalidad articulada, proveniente del corpus legado por Hugo Zemelman. Así, dice la investigadora, existe “la innegable aportación de la narrativa literaria a los problemas que se plantean la disciplina de la historia y las ciencias sociales” (Cabrera, 2004: 15), y esto por una razón que resulta crucial, y es que se debe “considerar la novela como condensación de preocupaciones políticas nutridas en la historia” (Cabrera, 2004: 16).

El vínculo entre literatura y sociedad considerado de esta forma nos abre un espacio de comprensión:

La literatura abre la posibilidad a cierta forma de conocer. Se ha concebido al conocimiento como una operación de la razón pura, pero sin duda involucra, también, a las emociones. En la literatura, el aprendizaje está dirigido al ser en su totalidad, involucra la mente y el intelecto, pero también algo que no está contenido en la racionalidad del *ego cogitans*. La ficción y la composición narrativa nos permiten individualizar la experiencia sin separar el intelecto de la emoción. También hacen posible trasponer los límites de la mónada para situarnos en el lugar de la otredad; pensar y vivir el acontecimiento como si estuviésemos en la piel del otro (Cabrera, 2015: 37).

Siguiendo esta forma, cabría decir que la lectura de la escritora nortea Sandra Arenal que sugerimos en este texto abreva, justamente, de la vida de las y los otros como un momento importante y significativo, que algunas veces escapa a la mirada de las disciplinas académicas y otras tantas oscurece la voz de los participantes.

#### OBRA Y FIGURA DE SANDRA ARENAL

Sandra Arenal nació en la Ciudad de México en noviembre de 1936, en plena “primavera del pueblo”. Nombre, este último, con el que se designa el gobierno del general Lázaro Cárdenas del Río y cuyo signo de identidad fue la alta politización de la sociedad, la movilización de las masas, así como el fortalecimiento de las corrientes de izquierda como el Partido Comunista de México (PCM). Arenal fue hija del grabadista Leopoldo Arenal y de la pintora Elena Huerta (1999). Esta última, en sus memorias, destaca el primigenio viaje que ella y su hija hicieron a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, en busca de servicios de salud para atender una enfermedad congénita. La guerra dejó varada a madre e hija en las tierras del socialismo, hasta que finalmente pudieron regresar a México y la familia reunificarse tras el fin del conflicto bélico.

Existen pocos datos de la vivencia de Arenal en su juventud. Gracias al testimonio escrito de Lídice Ramos Ruiz (2000: 417) sabemos que Arenal se casó con el también

militante comunista Edelmiro Maldonado en 1952 (aunque otra fuente indica que fue en 1954) y que, debido a una enfermedad de este último, abandonaron la capital del país para establecerse en Monterrey. Arenal buscó ser maestra normalista, pero al tener una edad mayor a la requerida, su única opción fue formarse en una institución alternativa para este propósito que fue la Normal de Educadoras.

También se sabe que compartió con Maldonado en la década de 1950 militancia comunista. Éste, a decir de Luis Hernández Navarro: “Ingresó a las filas del PCM en 1948. Participó en el Movimiento Mexicano por la Paz y viajó a China como su representante en 1952. Dos años después fue integrado a la dirección del partido” (Hernández, 2020). Maldonado fue incluido en el comité directivo que retomó la dirección del PCM tras la destitución de Dionicio Encina, el líder comunista que gobernó los destinos de la organización desde 1940. Sin embargo, su proclividad con la opción del comunismo en China le trajo problemas. En medio del conflicto chino-soviético, tanto Maldonado como Arenal quedan en la vereda en favor de las ideas asociadas con el maoísmo. Maldonado fue suspendido de su militancia en 1962 y finalmente expulsado en 1963. Desconocemos si Arenal sufrió el mismo proceso, pero es de suponer que su salida del PCM haya sido en estos años también y por los mismos motivos. La militancia de Maldonado fue sobre todo sindical en el área educativa y aunque tuvo intentos de organización política alternativa, en éstos no suele asociarse el nombre de Arenal.

Sin embargo, más allá de los datos de su pareja, Arenal realizó una ardua tarea que podría dominarse como la práctica literaria de la formación y desarrollo de la clase obrera. La riqueza del trabajo de Arenal respecto a estudios cuyo mirador es preponderantemente académico o conceptual, es que al ser exclusivamente literario, añade componentes como la épica de la lucha y el desgarramiento comunitario. Esto le otorga la ventaja de no buscar leyes universales o generalizables, sino entrever parcelas de testimonios que muestran lo polimórfico de la clase obrera mexicana, específicamente de la norteña. Lo suyo no es una sociología de las clases, sino la recopilación, ordenación y acumulación de las experiencias de formación y desarrollo de la clase obrera en el norte del país. Con una fuerte inspiración marxista, Arenal construye un ejemplo de la literatura que aborda a las clases subalternas desde la experiencia de ellas mismas. En la polifonía de voces en sus testimonios conviven tanto las voces individuales de quienes hicieron parte de procesos concretos de lucha social o de vivencia productiva como el lenguaje compartido de la clase trabajadora mexicana.

Por otra parte, se puede pensar que Arenal está imbuida en el maoísmo, al menos de manera periférica. Su itinerario muestra un acercamiento a las grandes movilizaciones que emprendieron los grupos de este signo político en la década de 1970 y, más tarde,

con su candidatura a una diputación por el Partido del Trabajo en la década de 1990. Sin embargo, más que una raíz teórica o conceptual, lo que se expresa en ella es el acto de construcción de la clase, no desde un mirador uniforme y abstracto, sino a partir de la riqueza de la experiencia y la diversidad de la cotidianidad. El maoísmo de Arenal no se encuentra en las referencias a China o al presidente Mao Tse-Tung, sino en la mirada que se coloca sobre la práctica concreta de las clases en su despliegue cotidiano y su ordenación a partir de la práctica justiciera de la lucha política. A diferencia de otros formatos del maoísmo, el que estaría expresado en su literatura sería menos campesino y más proletario, deteniéndose en especial en el pasaje entre la desestructuración de la sociedad rural y su paso a un mundo fabril y ciudadano en condición de suma precariedad.

El testimonio no es, para Arenal, el soporte de un trabajo conceptual, ni tampoco una fuente para el trabajo sociológico. Es, más bien, la forma literaria que Arenal asumió como su materia prima. Con el que muestra el acontecimiento mismo de la formación y desarrollo de la clase obrera a partir de las voces mismas de algunos de sus integrantes en un horizonte compartido, un lenguaje de clase en ciernes. Así, en la exposición de las experiencias es posible anudar puntos en común. Esto queda más claro en las dos novelas que Arenal escribió como autora, ambas son resultado de la captación de testimonios diversos que ella anuda para mostrarlos a partir de escenarios específicos.

Los testimonios que Arenal recogió y publicó no pueden ser considerados como totalmente prístinos. Existió, por supuesto, un trabajo de ordenación y de dirección. El más claro es el del papel de las mujeres en la vida social y política. Sin embargo, por ser éste el más evidente, hemos decidido no colocarlo como el eje central del análisis, para poder mostrar que la riqueza de su literatura no se concentra en una mirada segmentada o específica, sino en la multidimensionalidad de factores que anudan el conjunto de historias del proletariado mexicano, tanto en su formación más lejana con el desarraigo del mundo rural, como en la joven clase obrera que nutrió, con su sangre, las maquilas. Esto resulta crucial, pues nunca opera en su escritura una función idealizante o teleológica del transcurrir de la vida obrera. No se trata de un proletariado ficcional, heroico, con una actitud en tono melodramático (Bosteels, 2016), sino de un cruce de elementos que sólo el relato muestra en su potencialidad: polifonía de voces, a veces épicas, a veces derrotadas, otras tantas neutrales, pero siempre enclavadas en las relaciones sociales capitalistas, viviendo con y a pesar de ellas. Polifonía que muestra que una pluralidad de factores que operaron en favor de la proletarización tuvieron como efecto una concentración espacial (en la fábrica o la toma de tierra) donde las y los participantes adquirieron un lenguaje compartido, signado por la resistencia, la lucha, el conflicto y la función utópica que atañe a un horizonte de futuro.

## NOVELAR EL DESGARRO Y EL ARRAIGO

Sandra Arenal publicó dos novelas de autoría propia. En ambas, los testimonios de diversos personajes se tejen en tramas que aluden directamente a la formación y desarrollo de la clase obrera, pero también a los orígenes violentos del desarraigo comunitario y los dilemas de las clases subalternas. Con un cierto aire épico, sus personajes se envuelven en luchas sociales en favor de derechos y libertades, con triunfos y fracasos cotidianos. Comparten, a pesar de sus múltiples diferencias, puntos en común. Nos referimos a *Vidas ásperas* (2020) y a *La flama y el faro* (1994).

En 1978 Arenal publicó *Vidas ásperas*, la edición del libro fue resultado de un concurso literario. Se trata de la historia de una pareja que, huyendo de la violencia caciquil (particularmente contra la mujer protagonista, Mercedes), llega a instalarse a un pueblo de Guanajuato. En su nuevo hogar, el personaje masculino, Anselmo, se vuelve un promotor de la reforma agraria. La historia –sin cortes temporales tan claros– transcurre entre el fin de la guerra civil, los rumores de la operación de la Ley agraria de Carranza y se alarga hasta la segunda guerra mundial, pasando por diversos momentos asociados con los gobiernos de Álvaro Obregón, Lázaro Cárdenas y la retórica de la unidad nacional en el marco del segundo gran conflicto bélico mundial.

La novela inicia con la descripción de Mercedes como la cuidadora del jardín de una escuela pública en Monterrey. El recuerdo de su vivencia se inicia a partir de un ataque realizado por el cacique del pueblo, del cual logra salir con vida. Ese hecho la obliga a huir con su joven novio, Anselmo, hacia un pueblo en donde éste tiene familia. En ese nuevo espacio, con dificultades y entre la desconfianza de los habitantes, se instalan y llevan una vida de trabajo, tienen hijos y enfrentan las desventuras de una tierra acaparada por un cacique. Finalmente, cuando la reforma agraria llega al pueblo, Anselmo se convierte en un promotor de ésta, pero también asoma la tragedia en sus vidas con la muerte de su hijo por una enfermedad. Ese hecho deja a Mercedes en un mal estado de salud. En la desesperación por sacarla de la depresión, Anselmo la lleva a Monterrey para ser tratada médicamente. Cuando logra recuperarse, él pasa de ser un agrarista a organizador de una colonia popular en la ciudad regia. Defienden la nueva tierra –urbana– como antes la del campo hasta finalmente caer asesinado.

El relato de Arenal se cubre de numerosos elementos que valen ser destacados. Uno primero que llama la atención es la perspectiva del tiempo que tienen sus personajes, quienes, asediados en un instante de peligro, abandonan el hogar: “la incertidumbre del futuro, la marcha a lo desconocido y a la furia del chacal” (Arenal, 2020: 24). Este abandono de la unidad doméstica tiene varias motivaciones. Una de ellas es la violencia sexual a la cual está expuesta, pero también la vivencia cotidiana de enfrentar al cacique, quien además cuenta con un testafarro. Refiriéndose a este último, en la novela se señala

el trato que recibían: “Él habla a gritos y maldiciones, siempre dando órdenes, vejando y humillando a los demás. El amo tiene en él a su más fiel servidor” (Arenal, 2020: 20).

El nuevo espacio al que llegan está lleno de contradicciones, desconfianzas y peligros. Sin embargo, un horizonte esperanzador se abre cuando la figura intelectual del lugar, un médico, les da las nuevas noticias: “Tiempo después les leyó un periódico, que nadie sabía donde había conseguido, la noticia de que don Venustiano Carranza, que entonces era el presidente, acaba de firmar una ley para repartir la tierra” (Arenal, 2020: 33). Esta alegre noticia se ve empañada por la muerte del general Francisco Villa. Arenal deja sentir la simpatía por este caudillo en la voz de los campesinos: “—Sólo mi General Villa sigue haciendo justicia al pobre —decían los campesinos” (Arenal, 2020: 33), y es que, desde la perspectiva de sus personajes: “El último de los más grandes, el más grande guerrillero de la revolución, ha sido asesinado” (Arenal, 2020: 40).

El transcurso del tiempo refleja la desconexión del país con los cambios acaecidos entre las élites políticas y económicas. Sólo a partir de gestos específicos, Arenal muestra cómo es que la nación va unificándose tras la gesta revolucionaria. Es el caso de las campañas asociadas con José Vasconcelos, que implican la llegada del ánimo revolucionario a zonas donde éste no existía o era débil. Arenal lo coloca en estos términos: “—Compañeros, venimos en ‘misión cultural’, les traemos la voz de la revolución” (2020: 40). Las campañas culturales traen a los nuevos intelectuales, los maestros, que son la mediación entre la aspiración revolucionaria y el pueblo: “El hombre aquel, venido no se sabía de dónde, de pronto les hablaba de hermanos, de solidaridad, de acabar con la miseria y la justicia; a ellos que nunca nadie, a excepción hecha del doctor, se había siquiera dignado a mirar como iguales” (Arenal, 2020: 41).

Aquello modifica no sólo el sentido genérico del lugar de los campesinos en el mundo, sino también las dinámicas culturales cotidianas. El maestro, adalid de la revolución, organiza el “Domingo familiar socialista” que “realizó el primer “Matrimonio socialista colectivo” (Arenal, 2020: 43) en donde Anselmo y Mercedes se casan. Junto con el maestro llega el agrónomo, lo cual nos habla del giro hacia la década de 1930, cuando este gremio se asume como una parte fundamental del proyecto revolucionario desde el Estado: “Han esperado tanto tiempo estas gentes que quiero cuanto antes llevarles el mensaje del General Cárdenas y que vean que la revolución no fue puro cuento” (Arenal, 2020: 57).

El júbilo popular por la reforma agraria se ve ensombrecido por la tragedia familiar que significa la muerte del hijo de la pareja, la depresión de la madre y la búsqueda desesperada de Anselmo por sacarla de esa situación. El traslado a Monterrey es vertiginoso, así como los últimos acontecimientos: la llegada a un hospital psiquiátrico, la sorpresa de la gran urbe llena de concreto y, finalmente, la incorporación de la pareja a la lucha por la tierra en la ciudad a partir de la colonia popular que fundan.

El enfrentamiento ya no es con caciques, sino con familias de ricos que pretenden arrebatarnos ese espacio doméstico que con otras familias migrantes han construido. Tras presionar al gobernador, logran obtener la tierra, pero el costo es alto, pues la venganza culmina en el asesinato de Anselmo. Mercedes, nuevamente entristecida, se refugia en el trabajo de cuidadora del jardín. *Vidas ásperas* es la historia sobre la imposibilidad del cierre total, dicho sentimentalmente, que no hay finales felices en los trayectos de las clases subalternas, que ellas están siempre asediadas por el peligro, ante la amenaza del poder del dinero, aun cuando logren tejer alianzas.

La otra novela de Arenal se tituló *La flama y el faro*. Mucho más larga que la anterior, ésta también se desarrolla en la ciudad de Monterrey. Al igual que la previa no existe un personaje central. En ella se traman varias historias sólo entrelazadas formalmente en el espacio. El tiempo se despliega sobre ellas en cambios similares, aunque conservado sus especificidades, lo que las hermana es la polarización entre un trabajo inicialmente artesanal y un giro hacia uno cada vez más dominado por los grandes capitalistas.

Son varios los relatos que se aglutinan a partir del crecimiento de Monterrey como ciudad industrial. Se denota en ella, en particular, la formación de la multiforme clase obrera, pero también y como novedad en su escritura, de la clase burguesa. *El faro y la flama* deja rastro de la comunidad de industriales, que se conocen y reconocen a partir del crecimiento de la riqueza y de su militancia antisindical. La conformación de dicho sector de poder se trama dejando a su paso familias desgarradas por la ambición y el interés en la ganancia. La desmesura de la riqueza rompe vínculos parentales y de amistad. En su escritura se forja una clase desposeída y una poseedora.

En la historia se tejen relatos sobre hombres y mujeres y sus familias extendidas. El núcleo se encuentra en los conflictos generacionales y de clase. Así, se despliega sobre el escenario de la construcción de un periódico, de la industria del pan y de la fundidora; esta última la joya de la corona de la industria regiomontana durante el siglo XX. Si bien no existe un trasfondo histórico o cronológico que dé cuenta de fechas o señales de periodos específicos, el final apunta la llegada del neoliberalismo con la clausura de la industria de la fundición y el despido de miles de trabajadores.

Los tres escenarios donde se desarrolla la novela son la fundidora con sus obreros en excelentes condiciones laborales; una panadería que comienza entregando pan en bicicleta y que termina como una gran industria, y un periódico que nace del núcleo familiar convirtiéndose en el gran aliado y vocero de los ricos de la región. Todos los casos hablan de la transformación del proceso trabajo, en un tono marxista. Se pasa de momentos casi artesanales (sobre todo en la industria del pan y el periódico) a verdaderos centros y poderes industriales, con el consiguiente poder del dinero. En el caso de fundidora lo que tenemos es el cambio de perspectiva de generaciones de obreros, que primero luchan por sus derechos y que, al pasar el trabajo hacia hijos

y nietos, estas prerrogativas son vistas como algo menor o que ni siquiera resulta relevante, lo cual explica en la novela el cierre abrupto de la industria que contaba con el proletariado más numeroso y aparentemente más capaz de resistir.

Así, en el núcleo del conflicto tenemos intentos sindicales disímiles. Exitoso en un primer momento en el caso de la fundidora y frustrados por diversas situaciones en el caso del periódico y de la panadería. En estos dos últimos espacios el antagonismo se despliega cuando los líderes son despedidos. Sin embargo, la idea de que se pasa de una producción artesanal-familiar y concreta a una industrial, impersonal y abstracta, en estos dos últimos, es lo que da un ritmo al relato y que toca directamente a la concepción política y teórica de una militante como Arenal. Tanto en la panadería como en el periódico se denota un ejercicio de pequeños propietarios, que posteriormente se corona como el triunfo del “esfuerzo individual” de un solo hombre que es aplaudido por el conjunto de la sociedad, un mito que suele asolar en la tierra del norte. Lo que demuestra la novela de Arenal es el trabajo colectivo, que en un primer momento sale del entorno familiar, pero despunta como ganancia y riqueza de algunos pocos.

### LA ÉPICA DE TIERRA Y LIBERTAD

Si sus novelas utilizan diversos testimonios para configurarse como historias de espacios de grandes dimensiones, *Mujeres de Tierra y Libertad* representa una apuesta distinta. A diferencia de las novelas, aquí ronda un tono épico de la lucha de las mujeres por conquistar un espacio doméstico digno. La dimensión cambia respecto a otros de sus trabajos, pues se concentra en un lugar construido desde la propia práctica política.

La trama que se urde en *Mujeres de Tierra y Libertad* refiere a la actividad del Frente Popular Tierra y Libertad, de inspiración maoísta y que a la postre –ya en la década de 1990– dará vida al Partido del Trabajo. El conjunto de testimonios que Arenal reúne permite observar cómo de elementos trágicos de la vida de clases desheredadas se pasa a un proceso de politización significativo.

Los orígenes de esta épica son variados, van desde la toma de tierras y la ocupación hasta la incorporación de la lucha inquilinaria por el pago de rentas justas (Arenal, 2014: 23), reviviendo con ello una vieja tendencia existente en la izquierda mexicana. Son, sin embargo, otros elementos los que permiten que experiencias personales tan disímiles se unifiquen en la perspectiva que Arenal entrega. Una primera es la cuestión doméstica. Todas las entrevistadas viven en un espacio doméstico propio o compartido, pero no es uno que les guste o en el que se sientan realizadas. Todo lo contrario, las tomas del Frente Popular se convertirán en el principio de cierto desarrollo personal. En tanto, se tuvo que soportar la dificultad de convivir con entornos familiares previos.

La mayoría de ellas deja ver las tensiones con sus maridos; también quienes tenían hijos abordaron la manera de resolver el cuidado de ellos, al mismo tiempo que sortear la participación. Algunas hablan abiertamente de una ruptura en su forma de vida, otras voces señalan que, aunque con tensiones, a la larga los esposos se incorporaron al proyecto político.

A partir de la superación de esa contradicción entre el abandono de un espacio doméstico precario y la asunción de una proyección de otro –también precario, pero con autodeterminación de la comunidad– es que se desplaza a un tono más épico. El primer elemento de esta épica es la existencia de un trabajo colectivo y cooperativo, que suele ser un recuerdo constante en los participantes. La construcción de la escuela Emiliano Zapata se refiere como un momento fundante de la perspectiva de estas mujeres. A ella siguió la instauración de los “domingos rojos”, equivalentes de las faenas o tequios, pero con una perspectiva ideológica más firme: “Todos cooperábamos: las mujeres hacíamos la comida y las aguas frescas, y si era necesario también le entrábamos a la mezcla, o el acarreo de bloc” (Arenal, 2014: 39). Junto a este trabajo de construcción de los predios de Tierra y Libertad como espacios domésticos y de educación, vino la búsqueda por dotar de autonomía a sus integrantes, aunque de manera frustrada, pues los emprendimientos productivos caen uno a uno. Sin embargo, son recordados como ejercicios de autoorganización dignos: las cooperativas se convierten en el vehículo predilecto: “se echaron a andar, pero todas, unas antes y otras después, fracasaron” (Arenal, 2014: 43). Las había de producción de frijol y de tortilla, pero los testimonios señalan la falta de preparación para controlarlas, organizarlas y llevarlas al éxito. Otra mujer integrante del predio les llama “Unidades de producción” (Arenal, 2014: 59), que tiene una resonancia a las formas de organización de las comunas populares chinas. La épica no puede sostenerse en el tiempo, aunque el recuerdo es jubiloso, el fracaso fue su seña de identidad: “En ese tiempo se hizo una cooperativa del frijol, también una para matar marranos y vender a buen precio los chicharrones, el chorizo y la carne [...] el problema era que todos éramos analfabetas y no entendíamos nada sobre una cooperativa y mucho menos cómo manejarla” (Arenal, 2014: 89).

La mayoría de las mujeres que le dan su testimonio a Arenal no dejan de señalar las preocupaciones cotidianas de las amas de casa en las colonias populares: la violencia, el alcoholismo, la drogadicción, la existencia de “bandas” juveniles. Por eso resuena con obstinación que en los primeros años de existencia de Tierra y Libertad se acompañó la construcción del espacio con el ejercicio de la justicia. Además del trabajo colectivo llegó el impulso a emprender “castigos” contra quienes ejercieran violencia en el hogar y contra los niños, con la finalidad de prevenir otros delitos. Es, desde el nombre de una de las personas que da testimonio: “La ‘justicia del pueblo’ [que] duró como siete u ocho años” (Arenal, 2014: 92) y que consistió en construir una cárcel para quienes

fueran reprendidos por la asamblea general. Por un tiempo, además, logró tener alejadas a las cantinas de las cercanías de la colonia y logró prohibir el consumo de alcohol.

El proceso organizativo tuvo numerosos avatares. Uno de ellos fue el de seleccionar nombres que respondieran a tradiciones políticas revolucionarias. Dice una participante: “porque era una de las primeras cosas que se debían hacer, ponerle nombre a las colonias” (Arenal, 2014: 80). Otra más recuerda: “Hicimos la Liga Femenil, le pusimos Tania La guerrillera, ya que nos contaron la historia de esa mujer que peleó por la tierra para los pobres” (Arenal, 2014: 57). Así, no sorprende que el espacio urbano aparezca rodeado de simbolismos, con nombres como el de Rubén Jaramillo, el de Genaro Vázquez o incluso el del prócer cubano José Martí. También, en la épica se trazó el momento dramático asociado a la represión, particularmente la acaecida el 18 de febrero de 1975 (Arenal, 2014: 51), cuando la colonia se vio atacada por las fuerzas represivas, generando muertos entre las filas de los colonos.

Si bien podría pensarse que esta literatura testimonial tiene un fondo revolucionario o ideológico privilegiado, lo cierto es que las mujeres que hablan suelen colocar el foco en algo más profundo: la dignidad. Así, podemos leer que para alguna de ellas, “Tierra y Libertad y la organización fue lo mejor que me pudo pasar: hubo cambios en mi vida, de pensamiento y de hechos” (Arenal, 2014: 50). En parte porque aparecían cosas nuevas, como el trabajo colectivo: “eso aprendimos aquí: la solidaridad” (Arenal, 2014: 83). Como es claro, Arenal destaca la participación de las mujeres frente a los vínculos “tradicionales” en sus hogares: y las personas que entregan su palabra lo reafirman: “Nos costó mucho romper con todas las costumbres de sumisión” (Arenal, 2014: 100). Siendo la igualdad el principal elemento que articulaba la práctica de sus integrantes: “Las mujeres también tomamos las palas y los picos, dijimos que había igualdad para todos; para analizar los problemas, para tomar las decisiones, y para realizar los trabajos colectivos” (Arenal, 2014: 135).

Las reflexiones conducen a pensar que los fracasos y los aciertos de las organizaciones tuvieron un efecto inmediato en el desarrollo de individualidades. Una de ellas lo dice tajantemente: “Han pasado muchos años y cada vez más pienso que mi desarrollo como persona se lo debo a Tierra y Libertad” (Arenal, 2014: 71). En cambio, otras, analizan el conjunto y colocan en cuestión la idea de que la participación automáticamente deviene una situación más favorable. Por ejemplo, quien señala que al incorporarse abandonaron cierta seguridad —quizá precaria, pero existente— en el hogar y entraron en el desenfundado mundo de la competencia, la rivalidad y la violencia. Así, la incorporación de las mujeres es vista de manera ambigua, pues, aunque les dejó promesas de autodeterminación, también tuvo consecuencias: “pero esa libertad de las mujeres nos ha costado mucho, ¡es cara, muy cara!” (Arenal, 2014: 102) dice una de ellas para referir las nuevas dificultades que se abrían.

## LA FORMACIÓN DE LA(S) CLASE(S) OBRERA(S)

Frente al contenido épico de *Mujeres de Tierra y Libertad*, Arenal configuró dos textos que representan en cierta medida la cara opuesta: *Sangre joven: las maquilas por dentro* (1986) y *En Monterrey no sólo hay ricos* (1988). Ambos relatos donde el sentido épico y heroico no aparece en primer lugar, sino más bien como una rareza. Dado el espacio limitado, nos referimos sólo al primero, que expresa la trama de la formación de una tardía clase obrera en el norte del país. Dicho sector se encontró arropado en los procesos de la manufactura y las maquilas y sin el peso que tuvieron contingentes obreros como los ferrocarrileros o los metalúrgicos en el pasado inmediato. Los testimonios retratan a un proletariado mucho menos capaz de controlar su proceso productivo, sin calificación técnica y con escasa cultura política. Se trata de un sector de la clase trabajadora nacida en los albores del neoliberalismo.

Así, en 1986 apareció *Sangre joven: las maquilas por dentro*, editado por la editorial Nuestro Tiempo, un esfuerzo proveniente del grupo Estrategia, comandado por Alonso Aguilar Monteverde, un intelectual marxista de larga militancia (Aguilar, 2007). Se trata de un libro que recoge testimonios anónimos de mujeres que en diversos estados del norte de México hacen parte, desde mediados de la década de 1970, del conjunto maquilador que se instaló en esos espacios. Se destaca la feminización en este periodo de las maquilas, la ausencia de la violencia conocida en la década de 1990 en Ciudad Juárez y la triple perspectiva que Arenal asume como forma ordenadora. En primer lugar, la cuestión de los orígenes de la clase obrera y su cotidianidad, la relación entre producción y enfermedad y la respuesta sindical que en algunos pocos casos se generó a partir del sombrío panorama del extenuante trabajo.

Esta triada le permite ordenar los relatos de las obreras, a partir de la configuración del espacio productivo. Una de ellas, refiriéndose al tiempo de trabajo y a las consecuencias en la cotidianidad, dice: “El trabajo en sí no es pesado, lo pesado es estar ocho horas o más parada en la misma posición y no poder mover, no poder estirar los brazos en otra dirección, eso es lo pesado” (Arenal, 1986: 37). En esa misma secuencia se puede encontrar otro que habla del momento alienante del proceso productivo: “cuando uno está en la ‘línea’ jalando ahí frente a la máquina no puede ni hablar [...] Tenemos Seguro Social pero no lo usamos, pues ¿a qué hora va uno? ¡Además está tan lejos!” (Arenal, 1986: 39). La cotidianidad está marcada por los efectos en la corporalidad y en la salud. Las obreras se percatan de que entrar a trabajar a la maquila genera un desgaste acelerado de sus funciones vitales, una de ellas que elude la revisión médica justifica su decisión: “A mí las incapacidades no me convienen porque sólo me pagan medio sueldo y si de por sí es poco, pues con la mitad no me alcanza para nada” (Arenal, 1986: 58).

Las afecciones que relatan, sin embargo, se mueven a través del cuerpo obrero: “Se puede decir que ahí me acabé la vista, porque además de ser un trabajo en el que hay que hacer un gran esfuerzo con los ojos fijándolos en algo tan pequeño como el agujerito por donde debe pasar el filamento, todo se hace frente a una gran luz que le lastima a uno mucho” (Arenal, 1986: 69). Una obrera, siendo más específica, dice: “por ejemplo los riñones a casi todas nos duelen y muchas para los ocho o diez años ya no nos funcionan bien” (Arenal, 1986: 74).

El proceso de trabajo es descrito en su totalidad. A partir no de una descripción técnica o teórica, sino a partir del efecto. Un elemento que gira en este sentido es del ruido: “Otra cosa tremenda que sucede en maquiladoras es el ruido, que es infernal” (Arenal, 1986: 86). El infierno fabril, tal como lo describiera Karl Marx, se les presenta a estas trabajadoras mexicanas como un elemento inmediatamente dañino. Pero el proceso de trabajo tiene un componente enajenante y que condiciona la capacidad de dominio sobre el proceso productivo. Si la vieja clase obrera europea pudo condicionar pactos sociales amplios fue por su capacidad de gestión y conocimiento técnico; algo que las obreras del norte están lejos de saber: “En realidad uno trabaja las cosas sin saber para qué sirven” (Arenal, 1986: 70). Todo ello se refleja en una conclusión vívida de la explotación, de nuevo, no con conceptos, sino como una realidad cruda: “la línea no se para y tiene que seguir, nadie se debe mover, aunque su compañera esté cayéndose” (Arenal, 1986: 88).

Este segmento es trágico, pero no a la manera de la violencia que desgarrar a los campesinos, sino por la lenta toma de conciencia que adquiere el cuerpo proletario de su destino en el infierno fabril. Los testimonios de las mujeres que Arenal entrevista remiten a la dimensión de la experiencia más inmediata: la vida misma. Así, podemos leer que una de ellas concluye: “No soy vieja, le repito tengo 22 años; sin embargo sé que ya no voy a aguantar mucho, porque mis manos cada vez me duelen más” (Arenal, 1986: 67). Otra más destaca: “Lo malo es que pienso que están acabando con la gente [...] Les damos toda nuestra energía, se puede decir que nuestra juventud; nos cambian a donde quieren; nos ponen a hacer lo que quieren y luego el día que no la necesitan más a una, la presionan de tal forma que la trabajadora sale” (Arenal, 1986: 74).

Arenal, sin embargo, abre un pequeño resquicio a partir de la última parte del relato, en la que permite entrever la escasa y leve resistencia a estos procesos de explotación y explotación. Se da a partir de una narración dispersa, fragmentada e inconclusa de la historia del movimiento obrero en las maquilas. Arenal entrega indicios sugerentes para hacer esta reconstrucción de episodios tenues.

Cronológicamente se ubica la primera movilización a inicios de la década de 1970. Se refiere a un movimiento en 1973: “Todo fue porque se empezó a pedir mejor salario y menos horas de trabajo; luego se dijo que si nos querían exigir más producción que

pagaran mejor” (Arenal, 1986: 116). Sin embargo, esta asociación apenas pudo plantear un conjunto de demandas. El grueso de las experiencias se da en la década de 1980. Ahí, la formación de sindicatos comienza a aparecer en las maquilas. En una fábrica de electrónicos, en octubre de 1983, se suspende a un trabajador que sugirió a sus compañeras la organización gremial. Una participante declara: “Ese lunes 8 comenzó el paro, un paro que nadie había planeado, por eso no sabíamos bien qué hacer” (Arenal, 1986: 99). El movimiento fue hostigado por la patronal, el gobierno y los medios de comunicación. Con cierta ingenuidad dice ella misma: “Claro que no éramos ni agitadoras ni comunistas, ni siquiera sabíamos qué era eso, pero ellos estaban muy enojados quién sabe por qué” (Arenal, 1986: 101).

En general puede decirse que el nivel de la cultura política de las trabajadoras de la maquila es escaso, por eso no es raro que se cuente la sorpresa de la aparición de estas organizaciones de defensa, pues en un primer momento ellas no sabían qué “era un sindicato, los estatutos, una huelga. Nada. Bueno, ni siquiera lo que era una asamblea general” (Arenal, 1986: 104). “Tampoco supimos que pertenecíamos a la CROC,<sup>1</sup> pero tampoco sabíamos qué era eso” (Arenal, 1986: 105). En el recuento de esta trabajadora aparece de nuevo un hombre como el organizador y la aparición de la única estrategia que tienen: “tortuguismo” (Arenal, 1986:107). Ese movimiento acabó en huelga, primero diez días, luego otro en abril y duró tres meses. Al final, algo se logró, aunque en la memoria de las participantes los triunfos eran más bien efímeros.

Frente a narrativas ideológicas y teóricas que descansan en cierta centralidad de los contingentes obreros, lo que vemos son trabajadoras con poca noción de su importancia en la reproducción del conjunto de la sociedad. Un testimonio muy significativo habla de esta apertura cuando llega el primer momento huelguístico, cuando conocen los vericuetos de la organización y sobre todo la llegada de grandes cantidades de solidaridad que no esperaban: “éramos inexpertas en lo sindical y más aún en lo político [...] Nosotras sólo éramos obreras y muchas ni siquiera sabíamos escribir, pero a todas esas personas les importábamos” (Arenal, 1986: 123-124). Ese mismo testimonio da cuenta de conflictos que surgen en el interior de los trabajadores cuando los grupos que apoyan externamente comienzan a interferir en su posicionamiento político.

Cerramos esta sección con un testimonio ilustrativo: “En la maquila no aprende uno nada o casi nada, todo es mecánico, lo digo porque cuando por alguna razón una sale de ahí lo que hizo durante años y años no sirve en ninguna otra fábrica; sólo la disciplina en el trabajo ésa sí sirve, pero no hay conocimientos” (Arenal, 1986: 119). Decimos que ejemplificador pues muestra un elemento central de la composición

---

<sup>1</sup> Confederación Revolucionaria de Obreros y Campesinos.

obrero y es la dificultad que tiene este sector social para dominar por entero su proceso productivo, lo que le dificulta la posibilidad de una acción colectiva.

## CONCLUSIONES

La novela cuyo centro es la vida de las y los trabajadores mexicanos tiene un largo, aunque discontinuo, trayecto. Su presencia es constante, pero fragmentada. Después de la década de 1960 tendió a diluirse, frente a otras formas narrativas que colocaban el centro en otros espacios sociales. La literatura “proletaria” u “obrero” encuentra en autores como Arenal o Francisco Pérez Arce y Gerardo de la Torre referentes. Serían estos tres los más representativos productores de una literatura que centra su atención en los subalternos.

En el caso de Arenal, su práctica literaria y su práctica política se funden en el entramado histórico de la segunda mitad del siglo XX. Tres elementos hemos destacado aquí: *a*) el desgarramiento que se produce en el mundo agrario y la transformación de contingentes sociales a habitantes de la urbe; *b*) el asentamiento y lucha por la vivienda, sobre todo en Monterrey; y *c*) el despliegue de un proletariado multiforme, con diversos orígenes y ocupaciones.

Su literatura, comprometida, no es, sin embargo, melodramática. No apuesta por un tono moralizante en el planteamiento de sus historias. Anclada en la fortaleza del testimonio, entiende a sus personajes como resultado de la sociedad capitalista mexicana, siempre en tensión y disposición de apertura. Las aproximaciones que la práctica literaria de Arenal entrega son parte del transcurso de la historia de la clase trabajadora mexicana, de su diversidad y de su capacidad de enfrentar el día a día.

## REFERENCIAS

- Aguilar, A. (2007). *Por un México libre y menos injusto*. México: Cenzontle.
- (1994). *La flama y el faro*. México: Gobierno de Nuevo León.
- (2020). *Vidas ásperas*. México: Universidad Autónoma de Nuevo León.
- (1986). *Sangre joven. Las maquiladoras por dentro*. México: Estrategia.
- (2014). *Mujeres de Tierra y Libertad*. México: Partido del Trabajo.
- Bosteels, B. (2016). *Marx y Freud en América Latina*. Madrid: Akal.
- Cabrera, P. (2004). “Introducción”, en Patricia Cabrera (coord.), *Pensamiento, cultura y literatura en América Latina*. México: Plaza y Valdés, pp. 13-17.
- (2015). *Con las armas de la ficción. El imaginario novelesco de la guerrilla en México (vol. I)*. México: Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades.

- Cueva, A. (2015). *Entre la ira y la esperanza*. Buenos Aires: Clacso.
- Hernández, L. (2020). “Edelmiro Maldonado. Historia debida”, *La Jornada*, México, 28 de julio <<https://www.jornada.com.mx/2020/07/28/opinion/019a1pol>>, fecha de consulta: 6 de enero de 2023.
- Huerta, E. (1999). *El círculo que se cierra: memorias*. México: Gobierno del Estado de Coahuila.
- Negrín, E. (2017). *Letras sobre un dios mineral: el petróleo mexicano en la narrativa*. México: Colmex.
- Perus, F. (1980). *Literatura y sociedad*. México: Siglo XXI Editores.
- (1982). *Historia y crítica literaria*. La Habana: Casa de las Américas.
- Ramos, L. (2000). “Luna Roja”, en Lídice Ramos e Irma Ochoa (comps.), *El polen que se esparce en el desierto: semblanzas y perfiles de mujeres de Nuevo León*. México: Universidad Autónoma de Nuevo León, pp. 413-423.



VICENTE GUZMÁN RÍOS | *Murmullos diluidos 2*

Acuarela y digitalización sobre papel Fabriano